

los corazones, aunque diversamente distribuido, lo que debe dar al conjunto una belleza arrebatadora. Porque aunque la ambicion sea una locura, cuando se hace de ella la regla única á la cual se refieren todas sus demás inclinaciones, ello es, sin embargo, excelente como móvil auxiliar. En efecto, obrando en este gran teatro conforme á sus inclinaciones dominantes, cada uno obedece al mismo tiempo á un móvil secreto que le lleva á colocarse en un punto de vista extraño, para poder juzgar la impresion que su conducta debe producir sobre los demás. Así es, que los diversos grupos se reunirán en un cuadro de un magnífico efecto, en donde la unidad reine en medio de la variedad, y en cuyo conjunto sobresalgan la belleza y la unidad de la naturaleza humana.

TERCERA SECCION.

DE LA DIFERENCIA DE LO SUBLIME Y DE LO BELLO EN LA RELACION DE LOS SEXOS.

El primero que comprendió todas las mujeres bajo la denominacion de *bello sexo*, quiso quizá decirles algo lisonjero, mas sin duda lo encontró más justo que lo creia él mismo. Porque sin considerar que su figura es en general más fina, sus rasgos más delicados y más dulces, su fisonomía más significativa y de más atractivo en la expresion de la amistad, de la broma y de la afabilidad que entre los hombres, y sin hablar de esta virtud mágica y secreta por la cual nos disponen y nos apasionan para juzgarlas de una manera favorable, se nota principalmente en el carácter de este sexo rasgos particulares que lo distinguen claramente del nuestro, y que son principalmente notados con el sello de la *belleza*. De otro lado, nosotros podriamos reivindicar la denominacion de *sexo noble*, si no fuera deber de un noble carácter el rechazar los títulos de honor, y querer mejor darlos que recibirlos. Esto no significa que se deba entender por esto que á la mujer falten cualidades nobles, ó que

el hombre no pueda tener ninguna especie de belleza; al contrario, se quiere que cada sexo reúna estos dos géneros de cualidades, mas de tal suerte, que en la mujer todas las otras ventajas concurren á revelar el carácter de la *belleza*, al cual debe referir todo lo demás; mientras que por el contrario, lo *sublime* debe ser el signo característico del hombre, y dominar visiblemente todas sus cualidades. Tal es el principio que debe dirigir todos nuestros juicios, sean de censura ó de elogio, sobre los dos sexos; el mismo que hay que tener en cuenta en toda educacion, en todo esfuerzo emprendido para conducir el uno al otro á su perfeccion moral, si no se quiere borrar enteramente esta diferencia halagüeña que la naturaleza ha puesto entre ellos. Porque no basta representarse que hay criaturas humanas ante nuestra vista; no se debe olvidar que estas criaturas no son todas del mismo género.

Las mujeres tienen un sentimiento innato y poderoso por todo lo que es bello, elegante y adornado. Ya en la infancia aman ellas la compostura. Son propias y muy sensibles para todo lo que puede causar gustos. La lisonja les agrada, y se les puede entretener con bagatelas, con tal de que estén alegres y contentas. Tienen, desde muy temprano, maneras modestas; saben darse un aire fino, y poseerse por sí mismas en una edad en que la juventud mas elevada del otro sexo es todavía intratable, torpe y embarazada. Tienen mucha simpatía, bondad y compasion. Prefieren lo bello á lo útil: así son voluntariamente económicas para lo su-

pérfluo de sus gastos de manutencion, con el fin de poder gastar más en su *toilette* y compostura. Son muy sensibles á la más pequeña ofensa, y muy hábiles para notar la más ligera falta de atencion y de estima. En una palabra, representan en la naturaleza humana el predominio de las bellas cualidades sobre las nobles, y sirven áun para civilizar al sexo masculino.

Se me dispensará, así lo espero, de la enumeracion de las cualidades de los hombres análogas á las de que he hablado, y nos contentaremos con considerarlas, refiriendo las unas á las otras. «El bello sexo tiene tanto espíritu como el sexo masculino, pero es del *bello espíritu*, mientras que el nuestro es un *espíritu profundo*, expresion idéntica á la de lo sublime.»

Es propio de las acciones bellas indicar una gran facilidad, y parecer que se han ejecutado sin ningún trabajo; al contrario, grandes esfuerzos, dificultades enormes, excitan la admiracion y pertencen á lo sublime. Profundas reflexiones, una contemplacion larga y sostenida son nobles, pero difíciles, y no convienen casi á una persona cuyos encantos naturales no nos deben dar otra idea que la de la belleza. Estudios fastidiosos, penosas investigaciones, por léjos que una mujer las lleve, borran las ventajas propias de su sexo; podrá muy bien llegar á ser, á causa de la rareza del hecho, el objeto de una fria admiracion, mas tambien comprometerá en esto sus encantos, que le dan tan gran poder sobre el otro sexo. Una mujer que

tiene la cabeza llena de griego, como madama *Dacier*, ó que emprende sábias disertaciones sobre la mecánica, como la maquesa del *Chatelet*, haria muy bien en llevar barba, porque esto expresaria quizá todavía más bien el profundo saber que la ambicion. El bello espíritu escoge por objeto todo lo que toca á los sentimientos más delicados; abandona las especulaciones abstractas y los conocimientos útiles pero áridos para el espíritu laborioso, sólido y profundo. Así las mujeres no aprenderán la geometría; ellas no sabrán del principio de la razon suficiente ó de las mónadas mas que lo que les sea necesario para sentir el chiste esparcido en las sátiras de los pequeños críticos de nuestro sexo. Las bellas pueden dejar turnar los torbellinos de Descartes, sin inquietarse, cuando áun la amable *Fontanelle* querria acompañarlos en medio de los planetas. Ellas no perderán nada del poder de sus encantos, por ignorar todo lo que *Algarotti* se ha tomado el trabajo de escribir para las mismas sobre las fuerzas atractivas de la materia conforme al sistema de Newton. En la historia, ellas no se llenarán la cabeza de batallas, y en la geografía de plazas fuertes; porque les conviene tan poco sentir el viento del cañon, como á nosotros sentir el almizcie.

Se dirá que por una astucia maliciosa, los hombres quieren inspirar al bello sexo este mal gusto. Porque sintiendo bien su debilidad para con los encantos naturales de este sexo, y sabiendo que una sola mirada maligna les turba mucho más que

la cuestion más difícil, saben tambien que, desde que las mujeres siguen este gusto, encuentran su superioridad y adquieren una ventaja que muy difícilmente habrian obtenido sin esto, la de halagar con una generosa indulgencia la sensibilidad de su vanidad. El objeto de la ciencia de las mujeres es principalmente la especie humana, y en ella el hombre en particular. Su filosofía no es razonar, sino sentir. Es necesario no perder de vista esta verdad, si se quiere darles ocasion á mostrar su bella naturaleza. No se debe pretender desenvolver su memoria, sino sus sentimientos morales, y esto, no por medio de reglas generales, sino por el resultado de acciones particulares, sobre las cuales se apelará á su juicio. Los ejemplos sacados de la antigüedad y que muestran la influencia que el bello sexo ha ejercido en los negocios del mundo, las diversas condiciones que le han dado los hombres en otros siglos y en países extranjeros, el carácter de los dos sexos cuando se traduce en éstos ejemplos, el gusto variado de los placeres, hé aquí su historia y su geografía. Es bello hacer agradable á una mujer la vista de un mapa que represente el globo terrestre ó las principales partes de la tierra. Se consigue esto, poniéndolo ante sus ojos, describiéndole los diversos caracteres de los pueblos, la variedad de sus gustos y de sus sentimientos morales, principalmente si se muestra la influencia sobre las relaciones de los sexos entre sí, y si se agrega á esto algunas simples explicaciones sacadas de la diferencia de los climas, y de la libertad ó de la esclavitud

de estos pueblos. Importa poco que sepan ó ignoren las divisiones particulares de este país, su industria, su poder ó su soberano. Del mismo modo, del sistema del mundo no se cuidan de saber más que lo que les es necesario para ser atraídas por el espectáculo del cielo en una bella *soirée*, es decir, para comprender de alguna manera que existen todavía otros mundos y otras bellas criaturas. Los sentimientos de las pinturas expresivas, el de la música, no de aquella que muestra el arte, sino de la que atrae, todo esto depura y eleva el gusto de este sexo, y se halla siempre ligado á emociones morales. Nunca para las mujeres instrucción fría y especulativa; siempre sentimientos, según comprendo de los que más convengan lo posible al bello sexo. Mas una instrucción de esta naturaleza es rara, porque exige talento, experiencia y un corazón lleno de sentimiento, y las mujeres pueden excederse en toda esta instrucción, porque saben muy bien formarse por sí mismas sin estos auxilios.

La virtud de las mujeres debe ser bella (1); la de los hombres *noble*. Las mujeres evitan el mal, no porque es injusto, sino porque es fastidioso, y las acciones virtuosas son para ellas acciones moralmente bellas. No les hablemos de necesidad, de deber, de obligación. Soportan difícilmente las órdenes y toda violencia brutal. No hacen más

(1) Este género de virtud la hemos llamado más arriba, por un juicio severo, *virtud adoptiva*; mas aquí en esta relación con el carácter del bello sexo, como merece juzgarse favorablemente, la nombramos en general *virtud bella*.

que lo que les agrada, y el arte consiste en hacer el bien agradable. Yo casi no creo que el bello sexo se conduzca por principios, y no quiero ofenderle con esto, porque los principios son extremadamente raros, aun en los hombres. Así, la Providencia ha puesto en su corazón sentimientos buenos y benévolos, un sentimiento delicado de buena educación y un alma complaciente. Mas no les pidais sacrificios y grandes esfuerzos sobre sí mismas. Un esposo no debe decir jamás á su mujer que expone una parte de su fortuna por un amigo. ¿Por qué ha de encadenar su humor amable y gracioso, cargando su espíritu con el peso de un secreto importante, del que debe ser el guardador? Muchas debilidades de las mujeres son, por decirlo así, *bellos defectos*. La ofensa ó la desgracia llena su alma tierna de pena. El hombre no debe jamás derramar más que lágrimas generosas; las que le hacen espárcir el sufrimiento ó los reveses de la fortuna le hacen despreciable. La *vanidad* que se refiere de tan diversas maneras al bello sexo, es, si se quiere, un defecto, mas es al ménos un bello defecto. Porque sin hablar de la contrariedad que experimentarían los hombres que quisieran adular tanto á las mujeres, si no estuviesen dispuestas á recibir bien sus propósitos, esta inclinación anima todavía sus encantos. Ella las lleva á concederse gracias y una buena subsistencia, á dejar obrar libremente la vivacidad de su espíritu, á brillar y realzar su belleza con todo lo que la moda inventa continuamente. No hay nada en esto de ofensa

para los demás; se halla aquí, por el contrario, cuando en ella preside el buen gusto, tanto placer, que es estar mal aconsejado censurarlas con aspereza. Una mujer que sobre este punto es demasiado ligera y demasiado frívola, se llama una *loca*, y este epíteto no encierra un reproché tan duro como cuando se aplica al hombre, cambiando la desinencia, hasta tal punto que entre dos personas que se entienden bien, expresa alguna vez una adulacion familiar. Si la vanidad es un defecto, que entre los hombres merece que se le excuse, el *orgullo*, no es solamente vituperable, como entre los hombres en general, sino que desfigura enteramente el carácter de su sexo; porque este vicio estúpido y fastidioso es completamente opuesto á los modestos y seductores encantos. Una persona que tiene este defecto está en una posicion difícil; es necesario que consienta en ser juzgada severamente y sin indulgencia; porque cualquiera que pretende gozar de una gran consideracion, dispone al vituperio á todos los que le rodean. El descubrimiento del menor defecto dá á todos uno verdadera alegría, y el epíteto de loca pierde aquí su significacion dulce. Es necesario distinguir bien la vanidad del orgullo. La vanidad busca los sufragios, y honra en cierto modo á estos junto á los que se toma este trabajo; el orgullo se cree ya en plena posesion, y como no se esfuerza en obtenerlos, no obtiene ninguno. Si una sola parte de vanidad no daña en nada á una mujer á los ojos de los hombres, al contrario, cuanto es más visible, más lleva la division al bello sexo.

Las mujeres se juzgan entónces entre sí muy severamente, porque los encantos de la una parecen oscurecer los de la otra, y las que tienen grandes pretensiones de hacer conquistas son rara vez amigas, en el verdadero sentido de la palabra.

No hay nada más opuesto á lo bello que lo que inspira el *disgusto*, como no hay nada más distante de lo sublime que lo ridiculo. Así no se puede hacer un ultraje más sensible á un hombre que tratarle de *loco*; y á una mujer que hallarla repugnante. *El Espectador* inglés sostiene que no hay reproche más fastidioso para un hombre que el de *embustero*, y para una mujer que el de *impúdica*. Yo no discuto el valor de esta opinion, para juzgarla segun la severidad de la moral. La cuestion aquí no es saber lo que merece en sí el mayor vituperio, sino lo que resiente en el hecho con mayor fuerza. Por lo que yo pregunto á cada uno de mis lectores, si colocándose con el pensamiento en un caso semejante, no percibe mi advertencia. Ninon de Lenclos no tenía la menor pretension acerca de la castidad, y sin embargo, se hubiera ofendido altamente si uno de sus amantes hubiese mostrado la menor repugnancia á su persona. Se sabe la suerte cruel que experimentó Monaldeschi por una expresion ofensiva de este género sobre una princesa que no queria, sin embargo, pasar por una Lucrecia. Es insoportable no poder hacer el mal á un cuando se quisiera, puesto que renunciando á él no se practica más que una virtud muy dudosa.

Una cosa sirve para apartar las mujeres cuanto

El Monaldeschi

sea posible de todo lo que pueda inspirar disgusto, es el amor de la *limpieza*, que conviene por otra parte á todos los hombres, pero que debe ser mirada como una de las primeras virtudes del bello sexo; las mujeres no pueden casi llevarla muy lejos, mientras que entre los hombres excede alguna vez la medida, y viene á ser entónces algo insípido.

El *pudor* es un secreto del cual se sirve la naturaleza para poner límites á una inclinacion indomable, que provocada por el grito de la naturaleza, parece conformarse con las buenas cualidades morales, áun cuando se descarte de ellas. Es, pues, muy necesario como suplemento de los principios, porque no hay inclinacion que haga sofistas más hábiles para inventar complacientes principios. Ella sirve áun para correr un velo misterioso sobre los designios más legítimos y más importantes de la naturaleza, por temor de que un conocimiento demasiado grande de estos, no nos inspire el disgusto ó al ménos la indiferencia por el objeto final de una inclinacion sobre la cual descansan las más delicadas y vivas de la naturaleza humana. Esta cualidad es principalmente propia del bello sexo y le sienta perfectamente. Así es una despreciable grosería el que se intente embarazar ó fastidiar la tierna modestia de las mujeres con esta especie de lisonjas de mal tono que se llama *obscenidad*. Como á pesar de que se den vueltas cuanto se quiera al rededor del secreto de la naturaleza, la inclinacion que nos arrastra hácia el otro sexo es, en definitiva, la causa de los encantos que

en él hallamos, y como la mujer es siempre, como mujer, el agradable sujeto de un entretenimiento, en donde respiran dulcés costumbres, hé aquí por qué sin duda hombres, por lo demás amables, toman de tiempo en tiempo la libertad de hacer entrever á través de sus maliciosas lisonjas, finas alusiones que les merecen el título de *malignos*, y puesto que no ofenden con miradas demasiado curiosas y no piensan en herir la estima, creen tener el derecho de tratar de *mojigata* á la persona que las recibe con aire frio y de desprecio. Yo no hablo de esta malicia más que porque se la considera como un sello determinado de buena sociedad, y que en el hecho se ha gastado en ella hasta aquí mucho espíritu; en cuanto al juicio que debe llevar una moral severa, no es el lugar á propósito de esta cuestion, puesto que hablando del sentimiento de lo bello, yo no tengo que considerar ni explicar más que apariencias.

Las cualidades nobles de este sexo, que sin embargo, como lo hemos hecho notar, no deben jamás hacer despreciable el sentimiento de lo bello, no se anuncian nunca más clara y seguramente que por la *modestia*, especie de simplicidad y de ingenuidad noble. Se vé brillar una tranquila benevolencia y una estima para los demás, acompañadas de una *noble confianza* en sí, y de una justa apreciacion de su persona, que se halla siempre en un carácter sublime. Como este feliz acuerdo seduce por su encanto, inspirando y ordenando la estima, pone todas las demás cualidades brillantes